

Escuché decir que, muy lejos de aquí, en un despreciable lugar del desierto de Cathay, y en un país dedicado a invernar, están todos los años que han muerto. Y hay cierto valle que los encierra y los oculta, según el rumor, del mundo, pero no de la vista de la luna ni de aquellos que los sueñan.

Entonces dije: iré desde aquí por los senderos del sueño y llegaré a ese valle y entraré con luto por los buenos años que han muerto. Tomaré una corona, una corona funeraria, y la pondré a sus pies como signo de mi pena por sus destinos.

Y cuando busqué entre las flores, entre las flores para mi corona funeraria, el lirio pareció demasiado grande y el laurel me pareció muy solemne, y no encontré nada lo bastante delicado ni valioso como para entregar como ofrenda a los años que habían muerto. Y al final hice una delgada corona de margaritas, de una forma que ya había visto hacer, para uno de los años que había muerto.

Esto, —dije—, es menos sutil o valioso que cualquiera de aquellos olvidados años. Entonces tomé con mi mano la corona y fui hacia allí. Y cuando llegué por las rutas del misterio a esa romántica tierra, donde estaba el valle nombrado en el rumor, busqué entre la hierba aquellos pobres años para los que yo había traído mi dolor y mi corona. Y cuando vi que no había nada en la hierba, dije: el Tiempo los ha quebrado y barrido y no ha dejado ningún resto perceptible.

Pero mirando hacia arriba, al resplandor de la luna, repentinamente vi al Coloso sentado, elevándose y borrando las estrellas y cubriendo la noche con negrura; y a los pies de ese ídolo vi reyes que rezaban y hacían reverencias y los días que son y todas las veces y todas las ciudades y todas las naciones y todos sus dioses. Ni el humo del incienso ni la combustión de sacrificios alcanzaban sus colosales cabezas, estaban ahí para no ser alcanzados, para no ser derribados, para no ser despojados.

—¿Quiénes son? —interrogué

Alguien respondió: "solo los Inmortales."

Y yo dije con tristeza: no vine a ver dioses pavorosos, sino que vine a verter mis lágrimas a los pies de ciertos pequeños años que están muertos y que jamás volverán.

Y Él me respondió: estos SON los años que están muertos, sólo los inmortales; todos los años son Sus hijos. Ellos modelaron sus sonrisas y sus risas; todos los reyes de la tierra fueron coronados por Ellos, todos los dioses fueron creados por Ellos; todos los

hechos y eventos fluyen desde sus pies como un río, los mundos son piedras que Ellos han arrojado al aire, y el Tiempo y todas sus centurias postradas detrás con crestas doblegadas en símbolo de vasallaje a Sus potentes pies.

Cuando escuché esto, dí media vuelta con mi corona, y volví a mi propio y confortable hogar.